

PARTE IX

SOLITARIOS DE CONSTANTINOPLA Y DE LAS PROVINCIAS VECINAS

Monasterios de Nicomedia y Calcedonia.

LOS SANTOS ARSACO É HIPACO

La historia de los solitarios de que vamos á hablar en este libro forma parte de la Iglesia, y nos obliga á recurrir á ella. No se encuentra en ellos esa vida tranquila y enteramente alejada del mundo en el reposo del desierto, que hemos visto en todos los solitarios de que hemos hablado en los capítulos precedentes. Pero podremos admirar en ellos la firmeza en la fé ortodoxa y el celo para conservarla en tiempos peligrosos, en que la Iglesia, aflijida por las herejias, los ha visto salir de su retiro para consolarla en su dolor y ayudarla en sus trabajos, no sólo con sus oraciones, sino también con los dones celestiales con que Dios los había favorecido.

Veremos, pues, de una parte á estos hombres extraordinarios, enviados por Dios para atender á las necesidades de su Iglesia, y combatir por ella, sosteniendo con ardoroso celo sus decisiones, y edificándola con sus portentosas virtudes. Pero por otra parte, no podemos pasar en silencio la



Tom. 6

San Arsaco

San Hipaco

PARTIX

PROFANE DE CHRISTIANISME Y DE LAS
PROFANE DE LA VIE

... sealar en
... entera-
... que
... hablado
... admirar en
... conservarla
... por las
... en
... sus ora-
... con que
... extraordi-
... necesidades de
... con ardoroso
... portentosas vi-
... no podreis pasar en silencio la

Tome 6.



Saint Hippacius
San Hipacio

deserción de muchos falsos monjes seducidos por los obispos heresiarcas, y tan obstinados en seguir sus errores, como coadyuvaban los buenos con los ortodoxos á conservar el precioso deposito de la fé en la misma pureza en que lo habían recibido de los apóstoles. Procuraremos, por lo tanto, ser breves en lo que á la historia de la Iglesia se refiere, y no perderemos de vista nuestro principal objeto, evitando toda digresión.

El estado monástico que florecía en la Siria, en la Mesopotamia y en el Ponto, se extendía también á la Bitinia, en que la célebre ciudad de Nicomedia, regada poco tiempo antes por el emperador Diocleciano con la sangre de innumerables mártires, fué también ilustrada por las virtudes de los solitarios. Entre otros muchos se distinguió san Arsaco, que tuvo la gloria de confesar el nombre de Jesucristo en la persecución de Licinio. Era natural de Persia y oficial del emperador; pero habiendo renunciado este cargo, ya fuese voluntariamente, ó bien á causa de su religión, abrazó la vida monástica, y se retiró á una torre de Nicomedia. Allí, ocupándose en los ejercicios de su profesión, se elevó á una virtud eminente, y Dios le favoreció con el don de milagros y de profecía. Libró á muchos poseidos del maligno espíritu, y entre otros á uno que, espada en mano, corría por las calles, haciendo que todo el mundo huyese de él, lo aterrorizó con sólo pronunciar el nombre de Jesucristo, é hizo que el demonio lo abandonase. En otra ocasión apareció en el campo un dragón de enorme estatura, cuyo aliento era tan mortífero, que mataba á todos los que se ponían á su alcance. Hallábase oculto en una caverna de uno de los caminos más pasajeros, y tan sólo salía cuando pasaba alguna persona, que no tardaba en devorar. Habiendo llegado á conocimiento de Arsaco los destrozos causados por el terrible animal, rogó al Señor que fuese destruido, y al punto fueron escuchados sus ruegos, pues

al salir el dragón de su cueva, se dió muerte á sí mismo, éstrellándose contra una piedra.

Sozomeno que refiere este hecho apoyándose en testigos fidedignos, añade que hizo otras muchas maravillas, que no pueden atribuirse sino á una virtud celestial; pero ninguna merece tanta atención como la revelación que tuvo de la ruina de Nicomedía. Dios le dió á conocer que esta ciudad sería destruida por un terremoto, y que debía salir de ella, si no quería ser envuelto en la desgracia de sus habitantes. En su consecuencia, dejó Arsaco su celda, se dirigió á la Iglesia, congregó al clero y al pueblo, les declaró la revelación que había tenido, y les exhortó á orar para aplacar la justicia divina y librarse de la desgracia que les amenazaba. Pero viendo que muchos, en vez de prestar crédito á sus palabras, se burlaban de su predicción, volvió á su torre, y postrándose en tierra, pidió al Señor que le sacase de este mundo, para no presenciar la ruina de una ciudad, que amaba como á su propia patria, pues en ella había aprendido á amar á Jesucristo y á vivir según las leyes del Evangelio. Así se aseguraba despues de su muerte, ya fuera porque se presumiese, ó ya porque lo hubiese manifestado en sus conversaciones.

Sin embargo, su predicción se realizó el día 24 de agosto del año 358. Entre seis y siete de la mañana, uno de los más terribles terremotos que se han conocido, destruyó la ciudad, siendo seguido de un horroroso incendio que duró cincuenta días. Este accidente fué tan súbito, que no dió lugar á que nadie huyera para ponerse á salvo. Así es que perecieron todos los habitantes, á excepci3n de muy pocos que quedaron heridos. Todos los historiadores, tanto eclesiásticos como profanos, hablan de este terrible suceso. Pero la torre en que habitaba el Santo no sufrió el más leve desperfecto, y cuando hubo concluido el terremoto, se le en-

contró muerto, y en la posición que tenía cuando se puso á orar.

Rufino, prefecto del pretorio, que gobernó el Oriente bajo el gran Teodosio, edificó á tres millas de Calcedonia, y en el barrio llamado Chene un magnífico palacio con una suntuosa Iglesia, y al cual, en memoria de su fundador, se le dió el nombre de Rufiniano. La Iglesia se llamó *Apostoléton*, porque fué edificada en honor de los apóstoles san Pedro y san Pablo. A su dedicación, que tuvo lugar el año 394, fueron invitados muchos prelados y monjes, y con este motivo se celebró un concilio en Constantinopla. Rufino hizo que unos monjes se encargasen del culto y del oficio divino en esta Iglesia, para lo cual edificó un monasterio. Hizose bautizar y quiso ¹ que Ammonio, uno de los *grandes hermanos* de que hemos hablado en otro volumen, le administrase el sacramento de la regeneración. Este Ammonio murió algún tiempo despues, y fué sepultado en esta Iglesia.

En más de un pasaje de la *Historia monástica* se habla del monasterio de Rufino; pero sabemos por las actas de san Hipaco, que vamos á exponer, que los monjes de Egipto que fueron llamados para que lo habitasen, lo abandonaron despues de la muerte de su fundador, y se retiraron á su provincia. Dícese también que, habiendo querido otros habitarlo, se vieron obligados á abandonarlo á causa de los malignos espíritus que lo infestaban; de modo que quedó cerrado hasta que san Hipaco, más animoso que los demás, vino á establecer en él su morada, y formó una nueva comunidad.

¹ Dice Fleury que Evagrio asistió á la ceremonia en cualidad de padrino; pero Tillemont y Bulteau, á quienes seguimos, sostienen que fué Ammonio (Tillem. tom. X, pag. 795; Bult. lib. III, cap. XIII, nº 2). Hay también alguna dificultad relativamente á este Rufino que fundó este monasterio, y que no es de nuestro incumbencia resolver.

Los Balandos han dado á luz la vida de este Santo, escrita por uno de sus discípulos llamado Calicino, y por consiguiente, testigo ocular de sus virtudes. Era natural de Frigia, y sus padres unían á la nobleza de su estirpe la piedad cristiana y el temor de Dios. Su padre, que era hombre de letras, procuró con gran solícitud cultivar su espíritu en las ciencias humanas y alimentar su corazón con las más saludables instrucciones.

Hiparco, por su parte, le correspondía con su docilidad y buenas inclinaciones. Tenía horror al pecado, y concebía el más vivo dolor por la más pequeña de sus faltas: todos sus deseos se encaminaban únicamente á servir á Dios con toda fidelidad, y nunca estaba tan contento, como cuando podía ir á la iglesia ó á algún monasterio para conversar con los siervos de Dios.

Se separó de sus padres á la edad de dieciocho años, y habiendo entrado despues de tres dias de camino en una iglesia, oyó que se leían estas palabras del Evangelio. *Cuquiera que dejare casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó mujer, ó hijos, ó tierras por mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna*¹. Se las aplicó á sí mismo, y las consideró como un aviso del cielo, para que siguiese el deseo que le animaba de abrazar una vida perfecta. Al salir de la iglesia, vió que muchas personas se dirigían á Tracia, y se unió á ellas. Al entrar en esta provincia, y no encontrando lugar en que hospedarse, se vieron obligadas á retirarse á una montaña cubierta de espeso bosque, y como pretendiesen descansar, se vieron turbadas por los fantasmas que les ofreció una multitud de demonios que infestaban el lugar. Pero al mismo tiempo oyeron que estos espíritus de las tinieblas decían entre sí: « No podemos hacer daño á esta gente, porque entre ellos

¹ Math. xix, 29.

viene un jovén, á quién ha dado Dios poder contra nosotros. »

Se levantaron todos llenos de horror, al oír los espantosos gritos que lanzaban estos espectros al huir á través de los árboles, y despertaron á Hipaco que dormía tranquilamente. Preguntáronle si había oído alguna cosa, y respondiendo este negativamente, se convencieron de que Dios le protegía de una manera especial, tanto más cuanto que habían observado en él sentimientos de una grande piedad y de una singular modestia. Dieron gracias á Dios por haberles proporcionado este compañero de viaje, y lo confiaron á un habitante de la montaña, para que cuidase de él. Éste le encargó la guarda de sus ganados, y cumplió este oficio con la mayor fidelidad, por lo mismo que se conformaba con sus inclinaciones de llevar una vida solitaria.

El paraje en que apacentaba el ganado estaba muy cerca de una iglesia, y oyéndole cantar un dia el sacerdote que estaba al cuidado de ella, le propuso que le enseñaría á cantar los salmos, y le colocaría en un monasterio. Ésta era precisamente la aspiración de su corazón, así es que, dejando el ganado, se puso bajo la dirección de este sacerdote, y se aprovechó tan bién de sus lecciones, que todo el mundo estaba admirado de la facilidad con que había aprendido los salmos, y de la hermosura de su voz.

Nunca bebía vino, y veía con dolor que algunos sacerdotes lo usasen con exceso, dando mal ejemplo á los seglares. Esto le movía á suspirar con ardor por la vida religiosa, y á pedir con abundantes lágrimas á Dios que le concediese esta gracia. Dios oyó sus oraciones, y colmó sus deseos de una manera extraordinaria.

Un soldado armenio, llamado Jonás, se sentía movido muy vehementemente por Dios á dejar la vida de la milicia, y á no combatir más que en la vida monástica bajo la ban-

dera de Jesucristo. Varias veces, y todas inútilmente, había pedido su licencia al tribuno de su cohorte, hasta que por último se dirigió al emperador que se hallaba en Constantinopla, y llevando un haz de leña y fuego, le dijo públicamente con el ardor propio de un militar: «Príncipe, hasta ahora he servido fielmente á vuestra majestad: yo os suplico que me permitais separarme de vuestro servicio para consagrarme al de Jesucristo; pero si no he cumplido mi deber, he aquí leña y fuego, mandadme quemar.» Conmovido el emperador á vista de un sentimiento tan ardiente de verdadera piedad, ordenó que se le diese la licencia, y que se le dejase en libertad para realizar sus designios.

Después de conseguir lo que deseaba, salió Jonás de la ciudad, y se refugió en una choza de la montaña inmediata á la iglesia en que estaba Hipaco. Habiéndole descubierto la gente que habitaba la campiña, y queriendo que fijase allí su morada para tener á su lado á un siervo de Dios que les favoreciese con sus oraciones, vinieron en gran número, y se apresuraron á construirle una celda rodeada de un pequeño recinto, en donde pudiese entregarse á los ayunos, á las vigias, á la salmodia y á los demás ejercicios de los solitarios.

No estuvo mucho tiempo solo, pues no tardaron en unírsele algunas personas para vivir bajo su dirección, y habiendo llegado á conocimiento de Hipaco, rogó al sacerdote y á los demás eclesiásticos de su iglesia que le permitiesen retirarse al lado de Jonás. Concediéronselo, no sin grande pena, tanto á causa de su vida edificante, como porque no había ninguna persona que fuese tan asidua como él en la oración. Tenía veinticuatro años, cuando se puso bajo la dirección de Jonás, y su ejemplo atrajo un número tan considerable, que en poco tiempo se formó una comunidad de ochenta religiosos, para lo cual fué necesario plantar

un huerto, sembrar tierras y construir un monasterio, á cuyo lado se levantó una fortaleza para defenderse de los Hunos, que en aquel tiempo habían hecho una irrupción en Tracia, y desolaban el país.

Jonás era el que se hallaba á la cabeza de la comunidad, é Hipaco le secundaba tan perfectamente en todos los deberes de la vida religiosa, que se distinguía de todos los demás hermanos en los ayunos, en las vigias, en la oración y en la salmodia, así como en la obediencia, en el silencio, en la humildad, en la pobreza y en todas las demás virtudes religiosas. Esto le grangeó el aprecio y la estimación de todos, y agradaba tanto á su superior, que se complacía en celebrar con él frecuentes conferencias.

El buen olor que sus virtudes esparcían por todo el monasterio, hacía que los demás religiosos desearan oírle hablar de Dios, no dudando que lo haría con la unción de que estaba llena su alma; pero su humildad le obligaba á callar, y como un día se le instase á que rompiese el silencio para que con sus consejos edificase á sus hermanos, se excusó modestamente, diciendo que era un pobrecillo sin instrucción de ningún genero, en lo cual aludía á su profesión de pastor, y que sólomente había venido al monasterio para ser el último servidor de los demás. Al decir estas palabras, se postró á los pies del superior, y le rogó que le confiase el cuidado de los enfermos, prometiendo ejercerlo con la mayor solícitud, á fin de recibir un día la recompensa que promete Jesucristo á los que practican obras de misericordia.

El superior accedió á sus deseos, é Hipaco se portó con tanto celo en este oficio de caridad, que, con pretexto de visitar las tierras, salía del monasterio, para volver cargado con algún pobre enfermo que encontraba en el camino, y dejándolo en la puerta, avisaba al superior que había llegado un enfermo alcanzando permiso para en-